



# RENAN

## SOBRE LA POLÍTICA

Uno de los hombres que más contribuyó a la educación cívica de Francia en el pasado siglo fué, sin duda, Ernesto Renán. Renán ha aportado a la formación de la conciencia civil y nacional, de la conciencia política, de la República francesa más, mucho más, muchísimo más que la mayoría de los diputados y senadores franceses que más hayan vociferado en una y otra Cámara. Y cabe hablar de Renán como político, aunque no figurase nunca en ningún partido con santo y seña, con color y grito conocidos.

La obra en que Ernesto Renán habla más de política, de verdadera política, de la más alta política, es aquella que dedicó al porvenir de la ciencia, y que así se titula; esto es: «L'Avenir de la Science-Pensées», de 1848. Escribióla bajo la impresión que le produjo el estallido revolucionario de 1848, precursor de las agitaciones socialistas. Y en pocas obras se ha hablado del pueblo, de lo que por antonomasia llamamos pueblo, con más elevación y serenidad de espíritu. Nada en el fondo más democrático, más profundamente democrático, que el llamado aristocratismo de Renán.

Estamos muy lejos de compartir el cientifismo renaniano y su fe en la eficacia de la competencia técnica. Tememos más que a nada al mandarínismo a la chinesca y comprendemos por dónde había de pecar un profesor, un catedrático como era Renán y aun cuando tratara, como trató, de defenderse de la «profesoritis». Que sea una especie de academia de ciencias morales y políticas la que se encargue del gobierno, como alguna vez soñó Renán, nos parecería una de las mayores calamidades públicas que podrían caer sobre una nación cualquiera. Pero no podemos dudar del sentido verdaderamente democrático de Renán.

«El sufragio de un pueblo no ilustrado no puede traer — escribía en la citada obra — más que la demagogia o la aristocracia nobiliaria, pero jamás el gobierno de la razón.» Y creemos que, en efecto, la pseudo-aristocracia nobiliaria, la de aquellos que aquí, en España, se llaman grandes — los grandes de España, — y que de «aristos» tienen muy poco, se apoya en el sufragio de masas ignorantes. Ni cabe democracia sino donde hay «demo», esto es, pueblo, pero pueblo en el

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III.....

más amplio y noble sentido. El pueblo lo formamos todos los ciudadanos.

Pues bien: este Renán, que trabajó tanto como el que más por la educación civil y laica, política, de su pueblo, creía que el pensador, el filósofo, el poeta deben, sí, ocuparse en la dirección general de los negocios de su país; pero que el sabio especialista se deje meter en el campo de la política activa acusa, de su parte, «la pequeñez de alma de un hombre que jamás ha comprendido la nobleza de la ciencia».

En otro pasaje de la misma obra decía: «Mr. de Chateaubriand ha sostenido, creo, en alguna parte que la intrusión de los hombres de letras en la política «activa» señala el debilitamiento del espíritu político en una nación. Es un error; lo que eso prueba es un debilitamiento del espíritu filosófico, de la especulación, de la literatura; eso prueba que no se comprende ya el valor y la dignidad de la inteligencia, puesto que no basta ya a ocupar a los espíritus distinguidos; eso prueba, en fin, que el reinado ha pasado del

espíritu y de la doctrina a la intriga y a la pequeña actividad.»

Conocemos a algún coplero español que se ha metido en la política llamada «activa» — nosotros la llamaríamos más bien «politiquería» — en parte por incitaciones de orden económico, en parte por un sentimiento de haber fracasado en las letras, pero en parte también para ver si sus cargos políticos podían dar más circulación a sus copias. Y sabemos de un sujeto que aspiraba a ministro para ver si luego, por haberlo sido, por ex ministro, le ponían en escena unos cuantos dramas que guardaba en su armario.

«¿Qué es la política de nuestros días?» — se preguntaba Renán en Francia en 1848.

— Y se respondía: «Una agitación sin principio y sin ley; un combate de ambiciones rivales; un vasto teatro de cábalas y de luchas personales. ¿Qué hace falta para prosperar en ella, para ser «posible», como se dice? ¿Una viva originalidad? ¿Un pensamiento ardiente y fuerte? ¿Una convicción impetuosa? Son para el éxito invencibles obstáculos; es menester no pensar o no decir su pensamiento; es menester gastar de tal modo su personalidad, que no se exista ya; cuidar siempre de decir no lo que es, sino lo que conviene decir; encerrarse, en una palabra, en un círculo muerto de convenciones y de mentiras oficiales.»

Lo cual es tan verdad para la España de 1919 como pudo haberlo sido para la Francia de 1848.







El castigo de los mejores que desertan de la gobernación del pueblo es ser gobernados por los peores, decía Platón, y ello está muy bien. Está muy bien, sí, pero no implica que esos mejores se metan en el poder ejecutivo; basta a las veces que sepan ejercer bien el poder crítico, que es un poder poderosísimo cuando ejercido con inteligencia y con valor. El poder crítico — que es el poder que la prensa ejerce — es el llamado ya cuarto poder, junto al ejecutivo, el legislativo y el judicial, o un quinto poder si contamos como tal poder al moderador. No lo contamos aquí porque el llamado poder moderador suele ser, de ordinario, la suma impotencia, la negación de verdadero poder. Lo que no excluye, ¡claro está!, ciertas violencias. ¿Quién ignora que no hay espíritus más voluntariosos que los de los abúlicos y que la impotencia es la que suele llevar a las más absurdas violencias? Violencias suicidas, por supuesto.

Es el poder crítico, no el legislativo, ni el judicial, ni menos el ejecutivo, el que hace la educación política, civil, de un pueblo. ¿Qué legislador, qué juez, qué ministro ha contribuido a la conciencia política democrática de nuestra España más que Joaquín Costa o Macías Picavea o Alfredo Calderón, por no citar más que muertos? Y por cierto, y sea dicho esto de pasada, suele cometerse la injusticia de omitir el nombre de este último, del admirable Alfredo Calderón — ¡qué renano era!, — cuando se cita a los de aquellos otros dos y los de otros educadores de la conciencia política de nuestra España.

Y no puede ocurrir que cuando uno hace política ejerciendo el poder crítico pueda llegar a estropearlo si se mete en el ejercicio del poder legislativo o del ejecutivo? A lo que se nos dirá acaso que en el Parlamento se critica más que se legisla. Pero tenemos nuestras razones para creer en la mayor eficacia crítica de la prensa respecto a la del Parlamento y que no es éste el que da fuerza a la acción de la prensa, sino todo lo contrario.

**Miguel de UNAMUNO.**

